

MARÍA, ABOGADA DE LA GRACIA

Con sus grandes, alargadas y huesudas manos de bruja, que acababan en finas y ganchudas uñas, la pérfida mujer cogía una pequeña muñeca, hecha de madera, y en ella iba clavando mortíferas agujas. Cada aguja que clavaba en la figura se traducían en un grito hondo, que brotaba del vulgo, hacia la persona humana que la muñeca representaba. En un principio, la voz del pueblo, que se tenía por muy digno, le gritó mujer ligera y ello obedecía a la aguja que la bruja había hincado en el sexo de la muñeca. Entonces, un profundo dolor se metió en el alma de la joven para siempre, que nada ni nadie podría mitigar. Más tarde, los que se tenían por cuerdos, aquellos que jamás habían tenido un desvarío ya que, quizás, nunca habían tenido cabeza, la llamaron loca porque la mujer exotérica había puesto otra aguja, esta vez en la cabeza de la víctima. Y no contenta con poner solo una aguja en la testa, la bruja colocó en esta parte de la anatomía una segunda. Fue entonces cuando la turba tachó de mujer de pocas luces a la no tan joven criatura. Pero faltaban otros dos insultos para acabar de sumir a la ya madura obra de Dios en una profunda tristeza, que la hacía pensar solo en la muerte como la única liberación. Las descalificaciones eran las de fea y sucia. Los días, así, se sucedían para la criatura de forma infernal. Solo mientras dormía dejaba de sufrir. Torturadoras imágenes venían a su cabeza cuando caminaba con su pequeño perro por las calles de la ciudad de provincias y una sensación de orfandad, por pensar que todo el mundo la despreciaba y la criticaba, se apoderaba de ella y hacía que todo rayo de esperanza desapareciese. Los días se sucedían amargamente y ya empezaban a no tener sentido para la mujer

hasta que se enteró que María, Abogada de la Gracia, estaba esperándola en la celebración de una novena en el templo al que iba todos los días. La culminación de la novena tendría lugar en el más bello santuario y la Virgen de este sería la encargada de devolverle la esperanza que ya hacía tiempo había perdido. El último día de la novena, la mujer se adentró en la gruta donde estaba la Virgen. Se arrodillo ante su imagen y, tras unos minutos de contemplación, vio como una mano blanca y fina, como la nieve, se posaba en su hombro a la vez que escuchaba la más bella voz que había oído en toda su vida ¡Ánimo! no desfallezcas por el camino. Yo estoy contigo por siempre para darte la alegría que el maligno quiere arrebatarte. Fue entonces cuando un fuego, que salía del corazón, vivificó su alma, ya casi muerta, y pudo ver cómo los ojos de María eran un fecundo desierto dorado por donde, desde ahora, ella, junto a la madre de Dios, caminaría hasta el fin de sus días.